

Humos

Xavier de Bertrán



A mo tus humos, chica, esos que exhalas cuando fumas. Y es que soy el único no fumador, el único fumador pasivo que adora el tabaco, ese placer ajeno que reclamo como propio. De pequeño intenté fumar: a los cinco años pedí un pitillo a mi padre y comprobé, con lágrimas en los ojos, que el tema de los humos no se me daba bien, tosí, escupí, vomité; a los ocho volví a intentarlo, y nada; y a los 10, a los 13, a los 18, ya mayor de edad... y nada.

Mi naturaleza parecía rebelarse contra el humo, mi mayor anhelo desde que uso de razón tengo. Todos mis amigos encendían sus cigarrillos con ese poder que te da el saberte fumador activo, con esa mueca ladeada que te tuerce la boca y te cierra los ojillos. Inhalaban la primera calada con esa profundidad pulmonar, perfectamente coordinada con el apagar de la cerillita, manita arriba, manita abajo. Y yo, pavisoso, miraba babeante sabiendo que no había camino, pues camino se hace al fumar.

Bebía, practicaba algún coito con muchachas de corte fácil... Nimios placeres que nada me hacían olvidar mi impotencia con el cigarrillo, ese cilindrin.



Pasaron los años, pero no mis ansias. Ya treintañero seguía virgen de pitillo. Me sentaba en los bares más cargados de nicotina, cerquita del fumador más ansioso y con mejores humos; y cada expiración suya se convertía en insana inhalación mía, lo que a ti te sobra a mí me falta, pensaba extasiado y casi siempre en voz muy alta. Algunas veces, movido por la

ingestión etílica, pedía a modo de juego que me echaran el humo en la boca; cuando accedían, mi placer culminaba como culmina cuando se ama. Sólo me faltaba el cigarrito de después; pero me lo imaginaba y volvía a culminar, entrando así en un mágico círculo

vicioso del que jamás hubiera querido despertar. Un dolor en el pecho *llevóme* a ver al doctor.

El médico me preguntó mi horóscopo, y respondí yo: «Virgo». Juguetón, el matasanos *respondióme*: «Pues no, cáncer». De esa divertida manera me enteré de mi dolencia. Al principio estaba hundido, desesperado, no sabía qué hacer. Pero poco a poco empecé a sentirme como uno de ellos, uno de los míos. Sin comerlo ni fumarlo, sin haber entrado en activo, pasé a verme y a sentirme como un ex fumador.



Y sin celebrarlo a voces, sin aspavientos ni autobombos, empecé a atisbar esa quimera a la que llamamos felicidad.

La felicidad de conseguir aquello que uno quiere, la felicidad de llegar a la meta aunque no se haya corrido.

Epitafio: Por la mañana, cuando me despierte, me voy a pedir fuego.

